

Vértice de la amapola

Aarón Rueda



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

**Premio Tabasco de poesía
Ciprián Cabrera Jasso
2019**

Aarón Rueda

PREMIOS
FILELI

Primera edición: 2020

© Aarón Rueda

© 2020, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8735-46-4

Impreso en Villahermosa, México - *Printed in Villahermosa, Mexico*

Vértice de la amapola

Aarón Rueda

*A Ciprián Cabrera Jasso (†)
y Patricia Palomino Soto (†).*

*Cierro los ojos y alabo
mi vida en este cuerpo que contiene,
océanos, ríos, lagos, lagunas, esteros,
minerales, soles,
planetas, galaxias,
polvos de estrellas y sus luces,
lunas, luceros
cielos y todas las dimensiones.*

*No existe nada que no me contenga,
nada que yo no contenga en la punta
de mi debo.*

Ciprián Cabrera Jasso

ALGORITMOS DEL TIEMPO



...mi proyecto ciudadano es deambular en otros barrios.

Fernando Nieto Cadena

*Preciso tiempo necesito ese tiempo
que otros dejan abandonado
porque les sobra o ya no saben
que hacer con él.*

Mario Benedetti

08:00 am

Los labios que poseo comienzan a descarnarse, sus restos; pedazos de piedra, conforman la tumba donde he depositado la vista. La urbe ante el inminente atardecer descubre un camino de regreso, pero la casa está bajo sus dientes.

09:00 am

Voy aprisa pero no siento mis pasos, los hombros se atorán en un halo de luz al final de todo. Unos abedules cercanos crean besos rotos y de forma temblorosa caen en la estructura del cuerpo. Vago entre tinieblas. Noche de soledades y abismos repiten lo que he estado pensando: volver a un mal tiempo sobre los párpados.

10:00 am

Palabras, granos de arena que enuncian en un silbido la presencia de la locura. Vagabundea en callejones alguna vez bautizados por el sereno. Inesperado grito de fantasmas. Estoy a unos pasos de la casa, las ventanas se burlan, se vuelven espantos, temo llegar a donde creo que vivo: pido a estas ventanas se traguen mis sueños.

11:00 am

Al acercarme a la puerta algo zumba en los oídos, recoge ilusiones de un engaño sediento de verdad. Despojo de mí el insomnio. Vértigo que impregna los anteojos. Nunca imaginé temer la vorágine de los días sucedidos como imagen que la ausencia nombra para sostener las pupilas.

12:00 pm

Buscó un objetivo que la melancolía oculta dentro del camino. Hábito del pensamiento la culpa del alma en la necrología de la calle al sentir melancolía pasar cerca del pecho.

13:00 am

Tic-tac ahí viene la muerte.

Tic-tac en forma de araña.

Tic-tac soy un mosquito.

Tic-tac dormido en la sombra.

14:00 pm

Palabras disfrazadas dicen: mañana Dios, llevaré flores a un altar edificado por tristezas y salamandras. Extravíos y ausencias el trazo de casa. Mañana Dios le llevaré flores a las palabras que crisan la profundidad de los ojos.

15:00 am

La esquina es todo un enigma que escupe sonidos en paredes grafiadas. Serpes comen figuras de golondrinas y su espanto. Últimas voluntades cantan el vuelo que no tenía espacio para fingir el brillo ajeno de la muerte. Por ello las pesadillas derrochan pretextos y caminan sobre manos de fantasmas.

16:00 pm

A lo largo del camino jadeo el silencio que revela el vértice de la amapola: quietud de sombras. Camino a lo largo del llanto y el misterio se consume por la alucinación que dejan los pasos del crepúsculo.

17:00 am

Díganme si los espejos dirigen el cuerpo, por qué este algoritmo fue hecho como un testamento; tempestades, eco agotado en el tic-tac de la mortaja que tiene la tarde sobre la luz. La noche simula respirar una pronunciación. Puede convertirse en susurro eclipsado bajo la mirada de los insectos.

MONÓLOGO SOMNOLIENTO



*Esta noche sin luces y esta lluvia constante
son para las historias de aquellos peregrinos
que dejaban el lodo de sus buenos caminos,
cegados por la recia tempestad del instante,
y con paso más firme seguían adelante,
al lucir de los nuevos joyeles matutinos.*

José Gorostiza

I

Costuro llagas que dejan tentaciones. Despedidas simples. Profecías golpean el oído, cercenan arterias y llegan a los labios como un crepúsculo sin árboles. Pasos de aquellos enteleridos con soledades impuestas. Niños acurrucados; ángeles de extraviada sinfonía. Su color descubre la caricia de lluvia que forma el umbral del éxtasis. Murmullo de aves contemplarla para luego transgredir en monólogos somnolientos el cuerpo de quebradiza espina que punza el eclipse presentidor de la muerte.

II

Desata el humo del infierno entre manos empuñadas sofocan la cordura. De pronto la histeria entroniza el gesto y el entorno se vuelve rojizo al amalgamar la sangre entre los dedos. Vomita tinieblas una esquina para enseguida tragarse el camino. He visto reír esta sombra. Un pensamiento atraviesa a pasos de alba ecos ennegrecidos en el grieterio de la vorágine que escucha solemnemente el graznido de los cuervos. Trae recuerdos de abrazar un lucero, se debe encender el sexo entre piernas marcando un sendero lluvioso. Noche de infinitos socavones. Dibujos del cuerpo felino, el invierno. Amarillentos contrastes. Recuerdo el abrazo que sucumbe en el abrigo del golpe, en la arena y el sexo incinera el sol en mi frente.

III

Alguna vez mi padre coloreó su sangre; era otoño, pequeños cardos asesinaban grillos que cantarían en blanco. Al mismo tiempo golpeaba sus puños el delirio que salía de su boca, su mirada se llenó de nubes y huracanes irrumpían. Sólo fui su ángel apostado en la pierna izquierda del sillón. Supe, se convirtió en arcoíris al verle la cara, las manos, el sueño; ahí solo, el fulgurante amarillear estaba sin insomnio por años florecido en sus ojos. Necedad de recorrer, nubes se propagan en el suelo. No siento picaduras de escorpiones, más siento pesado el tiempo, no sé si las horas son inventadas o al menos pareciera que los escorpiones son manecillas danzando frente a sus sombras. Cuando está el medio día el sol se despoja de sus brazos y quema mis hombros.

IV

Mañana no dormiré. Abrazo frío, cocuyo de recuerdos sin divagar contemplando imágenes hechas sobre las piernas. Creo tener el temple de ser sonámbulo en las mañanas y aún no logro bosquejar tumbas apiladas. Quebranto de ciegas aves reclaman mi cuerpo. Soy espejo en el ojo de sol, camino a veces fuerte, a veces lento, vago alrededor de displicentes caprichos, callado. Entonces se hizo una vez más noche –Alguien sabrá donde he dejado la voz– El metal crece desde los pies haciéndome soñar con rostros muertos que han quedado sin mañana. No alcanza la memoria a vislumbrar si las aves son la cumbre de recuerdos entre el grito oscuro del camino con largura infinita.

V

He habitado solo. Absurdo es pensar en una persona, si tengo fantasmas envolviéndome con arena, qué improbable sería buscar la muerte en raíces calcinadas de ciprés y es complejo buscar el latido si la caminata emprendida se ha comido los pies. He habitado solo esta muerte llena de ceniza sin nadie que me envíe una vela. La luna tiene cicatrices, contemplo y pregunto –quién pudo hacer ese tatuaje– luego un crótalo ondea su cola, atranca esa melodía en mi espacio y la mirada termina en ruinas sobre la mía. Frontera luces e idioma que no conozco devuelve el bullicio después de contemplar la soledad, el silencio y un tiempo enrarecido que despoja el cuerpo humanamente tallado con el polvo.

PANORAMA



*¿A quién
no le da miedo
la oscuridad?*

¿A quién?

Sergio Witz

I

La búsqueda del infinito en acordes trashumantes, estruendo de miedos; claro-oscuro de una imagen viva, siempre completa en la idea más profunda que atrae aquellas luces para crear fulgor en un cuerpo, incendio del cosmos, aglomerado en la caricia de un estrepitoso mar clavado en el centro del firmamento que invade la carne como un colibrí ante la rosa. Miro entre las hojas el encuentro de parajes enterrados junto a la distancia en sueños elegidos por el acorde del grillo donde se posan los ojos al calmar su sed.

II

Se hizo un testamento en el tronco de una acacia, miré su semblante flotando junto a nubes, cuando pájaros rojizos de septiembre dispersan su canto desde ventanas llenas de silencio. Recorté la silueta al doblar esas hojas antes que llegue el otoño, aunque mañana no recuerde mi nombre sobre ellas, serán el panorama enredado con la noche. Parece que lloverán estrellas, pero debajo del oral insomnio sabré el fino sabor de sus besos. Un hilo de ceniza y el atardecer vagabundo se levanta en deseos con la forma de una lágrima que alimenta el olvido. Se rompe esa angustia cuando un capullo de amapola nace de un pensamiento el transparente hechizo en la vista. Cara de muerte contenida en llanto, sendero hasta un solar de almas, ramas de olivo negro.

III

La memoria queda a medio partir entre la danza de libélulas, una virtud nunca se deja envejecer por el paso de sensaciones tendidas al suelo del océano. Un jardín de espejos rotos hecho juego de dioses y niños. El encabezado más profundo lleno de mandrágoras: otra vez, la luna aparece, intenta sus ataduras entre manos sudorosas del sentimiento pródigo que humedece la sangre con la tierra. Luego suelto la lluvia; ramillete de luciérnagas que se meten en la silueta de una hoja y sus labios de ciprés comienza a colorearse de helechos y silbidos en la joven corteza que recuerda la vida antes de llorar.

IV

El hábito es una abeja acariciando la flor de almendro, repite el insomne bullicio en esporas de luz. Todo es distinto, se vuelve un trastorno. Orales encrucijadas donde deseos fingen el torrente en la mirada. Bajo luz, lámparas invocan el extraviado susurro de los labios en algún cuerpo que necesita entender el espiral de varios eclipses. La tarde busca el olvido en manos de la ciega; signos primigenios del asombro, nacen y comienzan la pregunta. Verdadero destello escupe el vértigo, cuando la voz puede versarse en minúscula barca avistando al norte y su piel ámbar. Amanecer de grillos resucita la risa con las hojas que se han vuelto tierra y el vuelo tiñe el bullicio dentro del oído y la calle forma el milagro de la luz a medianoche.

V

Asoma la mañana el fluir de la sangre entre las venas, crecen palabras que alumbran heridas situadas en el quicio de una tumba, la lluvia abraza el recuerdo, un nombre, el alma perdida en palabras, recitar oraciones para devolver las hojas a esa redención perdida. Se escuchan ánimas danzando al compás de la alborada donde ruidos prolongan lugares breves exhumados por el fuego; bendición de zanate que anda en caravana de nubes con rumbo sigiloso. Mismo viento traza un camino de voces para seguir la búsqueda de miradas en éxtasis. Un milagro transita en silbido de almendra sobre el agua. Penitencias irrumpidas del escándalo con labios ensangrentados.

VI

Ecós de campanario desnudan párpados cuando recuerdan el nombre de un fantasma y un conjuro vuelve a tonadas que se rinden a los pies del vertiginoso réquiem. Canto persistente la llovizna sobre el hábito, responde la carne envuelta de obsidiana. Al final toda creación se despeja de azules y la amargura de imágenes obsesivas dibujan distantes latidos de la ausencia. La tormenta clama la fuerza de los vivos, acostados en la voz del tiempo errante en un rumbo con la utopía de iluminar las piedras. La parsimonia es el umbral en la garganta. Mirada que bate relámpagos en ojos de agua. Niño en busca de una mirada de sueños con el cielo otoñal, tristes palabras convocan ilusiones que se adentran en las pestañas; junto a él, recuerdo de fotografías donde los rostros mienten. Tiemblan fragmentos. Ángel peregrino. Él los disemina. Obligada la palabra corta el llanto a olvidar la sensación del insomnio. Presagio; tristeza dentro del cuerpo. Letras mentirosas titilan la pupila y sobre la mañana un alcaraván recoge el alma del engaño.

VII

De la tumultuosa noche emana la ceguera, que toman la atmósfera desprendiendo humo, locura, besos. Alucinante noche de tribulación invade la espesura de los ojos. Comienza la demencia entre labios de actores en turno, ellos despliegan bailes prohibidos y ademanes escandalosos. Ahora sobre la mesa se contempla el mar que forma la copa de vino; vigilo la anatomía de los demás, frente a mí. Una caricia tangible; rebeldía sin preámbulos. Todo fluye como un río en caderas y miradas ebrias, porque también ahí se inspira la poesía.

VIII

Alarido de luz acumulado en el musgo, anuda la provincial mirada hacia la faz del campanario. La luna se despoja de sombras. Surge el sonido a medianoche donde el sueño se queda mirando el cascarón de una tortuga cósmica. Fría mañana descobija las ramas de árbolesnubes donde una luciérnaga fugitiva se enamoró de la estrella antes de comenzar las primeras pinceladas en primavera. Imagino un árbol con frutos azules y dorso terciopelo, acariciado por el vibrante susurro de los murciélagos, sus alas arrullan sobre la yagruma. Al ver la mano derecha una línea larga se une con la primera vena que encuentra, eso es el misterio de la sangre llevando en su torrente estatuas de barro en los poros. El menguante habla a la cicatriz puesta en el lento arribo de la oquedad de tu boca.

IX

Hoy cabe el día en medio de la palma para ver el amor que huye de opacos vientres; gemido de tiempo en la vista, envuelven nupcias flotantes y palabras agrietan su alarido hurgando la linfa. La ilusión no se olvida en acordes de una canción sobre el palmar indeleble de luces blancas, falso el brote de tórtolas con plumaje fúnebre para escuchar nuevamente la ilusión de la música por las mañanas. Se observan racimos de luciérnagas en las paredes. Alabanzas; matices trashumantes para construir una cúpula dentro de actos felices, cuando los sueños fluyen en pétalos sobre la tierra recién abierta. Corre una lágrima en días extraños, el otoño parece colorear árboles que sostienen el sol. Él despoja de pasiones sobre piedras húmedas, ansiosas palabras que fueron mencionadas en cada epitafio.

X

Insistente caricia se sitúa en el camino hacia la risa, lugar despierto en el abrazo de la rosa picando al alba el polen para dictar en presagios la mañana. Vocablo oculto del infinito. Terquedad de ver en la ventana mí ausencia. La muerte otorga una tregua a las ramas del almendro para adornar con su follaje el rostro de los kioscos y el ritmo de aves que olvidan su aliento a los pies del sordo emblema de los parques. El bulto de esta visión pasea dormido sobre la corriente. Voz de cigarra implora mi belfo al sacar ante los ojos términos llenos de vaho en el lomo del crepúsculo. Dicción de insectos germina en gotas curiosas de mis labios. Último alarido con esa tumba dormida sobre la vida. Oscurece el vocablo donde hay un páramo que presagia distintas figuraciones. Épocas narran breves unciones. Vuelve la sangre al objeto ilustrado por el pensamiento luminoso, al inundar rincones en la piel que, expuesta, derrama necios gritos en el plenilunio de abril. La lluvia seduce aquella mirada trashumante que nada por las ciudades enrojeciendo con su embrujo el cuerpo inerte de los árboles: soledad de concreto, bajo la oblicua mañana de etérea espalda del último azul.

FUNERALES EN CALLES CONOCIDAS



*Si quieres saber si amas la vida,
acércate a la muerte.*

Tomás Díaz Bartlett

*Alguien me hablo todos los días a mi vida al oído, des-
pacio, lentamente.
Me dijo: ¡vive, vive, vive!
Era la muerte.*

Jaime Sabines

I

Funeral en una casa de cartón
Calle Tepito frente al río

Llanto que cae sobre una casa de cartón, suele humedecer los cimientos. Dolientes en ratos imploran la ilusión que provoca el aguardiente para desinhibir lágrimas y estas formen un torrente desembocado desde los ojos hasta el cuenco de las manos, ahí toda cordura se deja de lado y todo rencor desenvuelve el recuerdo más hermoso. Los clavos poco a poco se oxidan durante la mortuoria velada y un ángel sin alas cruje igual a las manos de un doliente sin sombra; lagartijas y cucarachas son huéspedes que dan el pésame al termino del ocaso, la distancia parece un instante mezclado con la sombra hecha por la extrema idea de que la muerte también se ensucia al recoger los quebrantos junto a flores secas para el altar de esta casa de cartón.

II

Funeral sobre la banqueta Calle oscura esquina del mercado

Al ver a un muerto tendido sobre la calle más transitada se intuye, fue sorprendido por la muerte entre la oscuridad, señoras que siempre llevan un rosario, primero abofetean el cielo con sus gritos y luego comienzan a rezar golpeando los restos de aquel desdichado, a veces se condiciona al muerto, si murió ebrio sólo se les reza un padre nuestro, media ave maría para terminar en el recuerdo de toda mala obra. En caso de una simple equivocación de la muerte, se le reza un rosario completo sobre la banqueta igual a una caricia para ser acompañado por cucarachas de ropaje azul y luego recogen el cuerpo se le coloca una rosa roja, una veladora. Si es muy querido se pone una cruz con palabras:

*“la muerte
suele
ser una amante dolida
cuando
se le miente”*

III

*Funeral de una persona conocida
Calle Talavera sin número*

Este funeral siempre está como palma abierta ya que todos se preguntan: ¿En qué momento fue?, ¿Cómo se suscitó?, ¿De qué falleció? Pero no todos preguntan si el cielo se abrirá o si los santos que están de frente al féretro intercederán para su descanso eterno o lo mandarán al purgatorio. Eso a la muerte le da risa y escupe entre la llama de los cirios, se hace un collar con lágrimas sobre todo de la viuda que contempla el cadáver cuando nace un crisantemo servido de ofrenda.

IV

*Funeral donde todos ríen
Calle Escondida con
la avenida principal*

No han podido quedar los panteones en silencio, la gente ríe, pretendiendo comerlo, junto al aroma de las flores y las gotas de agua bendita y el sonido puro del llanto emana como estrella fugaz en un inhóspito celeste, oscuro entre voces frías, son del mismo tono pálido las lápidas de ciertas tumbas a las que la lluvia suelta su reproche en temporadas de mayo. Después de ceremonia lúgubre se vuelve fiesta, oscuro el semblante de toda cara que alguna vez los huesos se irguieron para confrontar a la muerte con una sonrisa tan sollozante como campanadas a medianoche.

V

Funeral olvidado
Calle Concepción número trece

El muerto llora sólo entre lo que pudo traer para ser recordado, no hay flores o filas de gente golpeando el vidrio del ataúd para lamentar su partida, la única presente es la humedad tan pegajosa que al abrazar el cadáver llora lágrimas cafés expandiéndose deforme sobre la tela; deja ver el profundo dolor de esta casa. Los muertos ya no saben si se han quedado solos, pues tienen el alma junto al cántico de pájaros citadinos y el rumor de hojas de un viento sin alas esperando la primera lluvia de primavera.

VI

Funeral de una mujer
Calle Alameda número 12

La sombra se hace más transparente cuando la luz comienza a ganar terreno sobre ventanas. Insomne risa llega al enmudecimiento para presenciar la sepultura. Una mujer impone su último llanto ante las mariposas. El atardecer se despoja de pasos convertidos en estrellas y los caminos están siendo usados por la procesión de una fémina, todos pronuncian de manera sigilosa un murmullo triste y en el tarareo de todas esas voces la única sollozante es la muerte.

VII

*Funeral de un perro
Calle Aqueronte
colonia Santa María*

En la calle puedes escuchar el aullido de un perro frente a varios niños que no entienden la esencia del grito, imaginan el púrpura del sepulcro, como el pequeño campo donde las almas corren mordiendo flores, para pronunciar rezos enredados en las piedras.

VIII

Funeral de un desconocido *Esquina Nogal*

Sólo las moscas rezan con el zumbido al merodear su lengua. En frente no hay nadie, ni la tierra, ni las flores engalanan este desconocido cadáver, nadie, hijo de todo lo que no conocemos junto a la tarde, al silencio nocturno de una calle donde las ratas germinan. Nadie, sólo las moscas celebran el entierro de un desconocido, padre, esposo, hijo: muerto despertado entre la mierda del purgatorio.

IX

Funeral de un niño
Calle Tempestad colonia Nueva

Un féretro en miniatura, aturdido por el llanto, por la confrontación de voces pidiendo revivir a la inocencia. Este murió sin ser bautizado y los moscos le comen el alma y Dios no pretende recoger la risa sobre la ceniza que la muerte deja cuando camina sobre el ahogo de todos en la procesión hasta la sepultura. ¿Quién llora? Pregunta el cuervo rompiendo el rosario, y los misterios evocados en la tarde guardan silencio al vestirse de negro escribiendo el epitafio en busca del viento.

X

Funeral del ahogado
Río Mezcalapa colonia Tepito

Se lo llevó el río, las ramas le agarraron los pies y un remolino le comió la respiración al metérsele en la nariz. ¡Pobre! El ahogado tenía veintitrés años, pero nadaba entre la bravura de un delta. ¡Pobre! Nunca despertó y los peces comieron sus palabras; es triste aferrarse a la vida al pensar que la muerte no sabe nadar en las aguas oscuras de nuestros ojos.

VÉRTICE DE LA AMAPOLA



Hace una noche espléndida para morirse.

Lina de Feria

*Me iba, con los puños en mis bolsillos rotos...
mi chaleco también se volvía ideal,
andando, al cielo raso, ¡Musa, te era tan fiel!
¡cuántos grandes amores, ay ay ay, me he soñado!*

Arthur Rimbaud

I

Alabado sea el que pronuncia aquel mentiroso silencio. La neblina humedece los labios y un pensamiento distinto emerge el desnudo trepidar del cuerpo. Espasmo; oleadas de nubes. Alabadas imágenes próximas a chocar con mi cuerpo. Toda esa presencia de aire quema e incita a que los pies desobedezcan y brinquen sobre una guerra de remolinos polvorientos y ensayan a morir en las fauces del ruido. La bruma toma el control de mis pasos y me dirijo a las líneas en cruz, sigo guiado por el brillo de los árboles que burlan el retrato arenoso. Dibujo sordo del viento atrapado entre matorrales. Voy pensando dónde quedó la duda de vivir, quizá clavada en espinas de la rosa que alguna vez entregué a un recuerdo que no deseo deberle a la memoria. ¿Acaso he descubierto el polvo aferrado a mi piel? Alabados sean los que sienten el fuego en palabras harapientas, en el lugar donde hubo una oración firme; caricias que se internan en lo más profundo del tiempo donde toda flor es un escarabajo que ríe la risa al abrir los ojos y llorar la dureza de la piedra. De pronto las calles bosquejan un latido para guiar ciegos. El tiempo grita los pasos y la mirada no camina entre tanta luna esparcida que comienza a arder en el ojo de los muertos.

II

Tomo el control de los pasos y me dirijo a las líneas en cruz. Al norte sigo mis lágrimas, árboles se burlan de manos arenosas que dibujan el sendero sordo. Voy pensando alegrías clavadas en el recuerdo que alguna vez entregué. He descubierto el corpúsculo, me abofetea y ahora se aferra a los ojos. Siento la sangre ahogada en el lugar donde hubo voces que se interno en lo más profundo del tiempo y es cascajo la obsesión de abrir los ojos y llorar la dureza de esa piedra. Calles esbozan un latido para guiar a ciegos donde el tiempo agrieta huellas arrastradas con lentitud. Sigo y no sé caminar entre tanta luna esparcida, comienzo a arder a lo largo de las aceras. Ojos que duelen, lloran el humo de los sueños. Al pasar por la cantina veo un holograma que transparenta mis huesos parecidos a la estructura de espejismos tan contradictorios como el corazón que busco entre la basura, hablo con todos y nadie me da razón de esa enferma imagen prendida en la pared envuelta por el humo de cigarros y risas descompuestas, cuando las horas son un sueño de la despabilada noche. Pedazos de muros escondidos en la cara de dulces. Hoy sé que hay mucha gente entre todo este gris de palomas fotografiadas en la mirada de un gato.

III

A veces me cuesta ver el reflejo de la vida sobre estas calles mudas, pero me interesa preguntar a las nubes si han parido la ausencia que busco. Se cae el cielo, al parecer está ebrio de tanta humareda y llora hoy y mañana, se vuelve uno más sobre la tranquilidad de silenciosas tardes de sol, despejan el cáncer en edificios acostumbrados al beso de hojas quebradizas. Umbral de agua que sigue riendo hasta romperse en el vuelo de las aves. Busco esa línea incierta del eclipse y ser el perfecto alcornoque que tape el epitafio escrito en los callejones y espacios deshabitados. De pronto la lluvia recupera su cordura, comienza a tocar esa línea que tanto busco entre mi cuello.

IV

Tembloroso dejo de pensar en mi cuello. El cielo a las doce del día penetra el canto de los mirlos encajando su muerte entre los callejones. Mi mente regresa a vivir risas acartonadas o al menos eso escucho en voz desafinada que surge en espiral para consumir el roce del alma. Un lamento se extiende como un golpe en el cristal. Se rompe. Pedazo de filo corta el iris quedándose detenido en la herida al haber encontrado la línea tan anhelada del mañana. Sigo la sombra con insistencia de verme, al momento alguien choca en la embriaguez. Ruido de todos. Vuelvo a sentir el olor de escapes burlones y los párpados sostienen una ilusión de plomo que sucumbe la seducción de falacias escondidas en un tarro de cerveza. Soplo descaradamente ser una mortal presa, un raro dolor que oprime el pecho. Se traza un aguacero donde siento ahogarme. No soy la desventura, soy testimonio.

V

Vuelo de insectos cruza la faz del parabrisas, creo que el día es un sujeto cansado, ciego. No encuentro el camino para volver al mismo llanto y recitar siempre sus andrajos a la sombra. Camino como astro perdido sobre colores de acera, apenas siento frío donde ésta la luz. Reflejos viven en charcos, ahí parezco un pez sin boca al surcar hojas que naufragarán. Sigo sobre esta masa gris, espinosa y dura; me siento sordo como ella. Pienso las epifanías contenidas en el quicio de mis piernas. Grieta tras grieta la ceniza en palabras y ellas responden como una pesadilla para confundir el tiempo en un reloj del cual soy arena. Llego a una calle extrañamente maquillada. Piedras de su boca observan el extravío. Esa boca carcome el viento escondido. Despierto en el lugar donde crepúsculo espanta tórtolas posadas en su aridez. Esto alimenta la insistencia al encontrar un fulgor de muerte, los zanates responden desde la maleza. Entre las grietas del aire huele a cementerio. Comienzo a sentir el frágil velo de la tarde, columpios bostezan y soy un fantasma con pasos cubiertos de escupitajos. Hilo palabras mañosamente escritas en las paredes. A lo lejos una niña enreda este recuerdo donde vago y siento escalofríos al verme en los espejos. Debí arder con el sol que hoy se marcha perdiéndose en mis poros.

VI

Escucho almas infantiles en el parque de la esquina. Tengo el recuerdo entumecido a la orilla de la memoria y no sé, si lo que pienso es algún recuerdo que germina hasta llegar al esófago, pero vuelvo a caminar bajo el trayecto de un pájaro. Ciegos preguntan cuáles son los gritos residentes en el centro de la mugre. Esos gritos son también lo que busco en esta ciudad; demencia del póstumo verso. Media luna. Ojos de gato. Noche en delirios. Eco lejano cuando sus augurios revelan lo ya perdido tras aquella oleada de versos que latigean la frente al momento de volar amapolas.

Índice

Algoritmos del tiempo	13
Monólogo somnoliento	25
Panorama	31
Funerales en calles conocidas	43
Vértice de la amapola	55



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Adán Augusto López Hernández
Gobernador del Estado de Tabasco

Ramiro Chávez Gochicoa
Secretario de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento a la Lectura
y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura



Vértice de la amapola, se terminó de imprimir el 21 de diciembre de 2020. Yax-ol, calle Corregidora Josefá Ortiz de Domínguez. Col. Centro. Cárdenas, Tabasco, México. Para su composición se utilizaron tipos Chaparral Pro. El tiraje fue de 300 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Luis Acopa y de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

